

*
* *

Nadie iguala en la tierra y nadie supera en el cielo a los héroes sublimes que se sacrifican por el amor; el genio tiene fijas sus pupilas en los entusiasmos que le proporcionan los triunfos; pero los héroes del amor aventajan a los genios; el ángel vuela más alto que el águila.

*
* *

Dormid, sombras amadas, en la paz serena del sepulcro; dormid al arrullo de las movedizas olas, mientras el hombre vive lleno de inquietud y sufre los aquilones que lanzan a los vivos al través del destino, y a los marinos al través del oleaje.

*
* *

O, mejor dicho, ya que la muerte no es un pesado sueño, volad los dos en el resplandeciente abismo por los profundos barrancos de la dicha, en los que el justo que muere es como un sol levante, en los que la muerte es para ellos un lirio vivo, en los que llamea la espada del ángel.

*
* *

Huid, volad lejos de la obscura tierra, y franquead el éter luminoso con alas veloces; volad lejos de esta tierra, que es crudo invierno sin claridad, hacia la radiante y eterna mansión, en la que es golondrina el alma humana.

*
* *

Sombras ausentes y amadas, ya no os veremos caminar por las verdes pendientes de las colinas y por entre los bosques frondosos, diciéndoos en voz baja frases de amor, en la estación de las canciones, de las lilas y de los nidos; ya no iréis sembrando sonrisas cogiendo flores;

*
* *

Villequier, Caudebec, y sus frescas llanuras ya no os oirán decir:—«¡Vamos, sopla el céfiro y el Sena está encantador!» Esos deliciosos sitios deben haberse quedado sumidos en la tristeza. Las atrevidas gaviotas ya no exclamarán:—«¡Es él!» Las flores ya no exclamarán:—«¡Es ella!»

*
* *

Dios, que cierra la vida y que abre el ideal, hará flotar eternamente vuestro nupcial lecho bajo la bóveda celeste que sostienen luminosas columnas; al arrebatarnos de aquí abajo os arrebatara al sufrimiento, y al privaros de los jardines llenos de flores, os traslada a los cielos llenos de astros.

*
* *

Os ha elegido Dios para aumentar las legiones de los espíritus puros. De la copa amarga, que no habéis catado, nosotros apuraremos hasta las heces, mientras nosotros vivimos gimiendo y vertiendo lágrimas, vosotros, embriagados

dos con vuestra mutua felicidad, vivís en celestial deslumbramiento.

*
* *

Vivid y amad, ya que poseéis la dicha interminable. Unicamente los án-

geles, que bendicen y que son benditos, saben el éxtasis y la felicidad que bajo los sagrados velos causa el eterno beso de dos almas que Dios de pronto convierte en dos estrellas.

Jersey, 4 de septiembre de 1852.

LIBRO QUINTO

EN MARCHA

I

A AUGUSTO VACQUERIE

Tú, que eres su hermano, sé el hermano de mi hijo; corazón digno que no temas la cólera del destino, sigue a mi lado el camino implacable de la vida, y que tu madre sea mi venerable hermana. Tu hermano duerme el sueño eterno, y nosotros, en la noche de nuestra malaventura, a la sombra del deber, caminaremos guiados por la luz que sale de su sepulcro. Llegará un día, cuando se estudie nuestra misteriosa época, en el que, conmovidos los soñadores, pasearán sus miradas, desde ti, representante de la abnegación, hasta él, que representa el sacrificio. Ocupamos el lúgubre edificio de la esfinge y tú, a su padre en el destierro. Estamos ligados a su mudo pedestal;

Bruselas, Marine-Terrace septiembre de 1852.

irrasca. ¿De dónde salía? De las nubes.
¿Dónde se hundió? En las tinieblas de
la noche.

II

AL HIJO DE UN POETA

Niño, deja entregado al mar embra-
vecido el que naufragó, sea tribuno o
rey; deja que se marchen los poetas,
que la poesía se queda a tu lado. Te ca-
lienta, te inspira, porque de la poesía
tu madre es la sonrisa y tu padre el
rayo luminoso.

*
**

Con los ojos anegados en llanto me
preguntas dónde voy y por qué parto.
No lo sé; el mar es inmenso y el des-
tiempo puede cumplirse en muchas par-
tes. ¡Dios nos quita lo que nos conce-
de! ¡Adiós, patria!

*
**

¡Adiós, patria! El proscrito ni si-
quiera es su huésped; no es más que
una sombra. Entra, se sienta, se lava,
coge el bordón y se marcha. Pasa la
vida errando de playa en playa por don-
de Dios le guía.

*
**

No pierdas, niño, de tu infantil ima-
ginación ese misterioso recuerdo que
viste durante una tempestad pasar co-
mo un relámpago por el horizonte. El
desterrado, acostumbrado a choques vio-
lentos, pasó durante la furia de la bo-

Bruselas, junio de 1852.

III

VERSOS ESCRITOS EN 1846

Os conocí, niño en casa de
vuestra respetable madre y, se-
gún creo, somos algo parien-
tes. Aplaudí vuestras primeras
odas tituladas *La Vendée* y
Luis XVII. Desde 1827, vues-
tra oda titulada *A la Columna*
os ha hecho desistir de las sanas
doctrinas; abjurasteis de la le-
gitimidad, y la fracción liberal
aplaudí vuestra apostasía; lo
deploré. Hoy habéis llegado has-
ta la demagogia pura; os halláis
en pleno jacobinismo. El dis-
curso anárquico que pronuncia-
steis acerca de los asuntos de Ga-
litzia es más digno del tablado
de una Convención que de la tri-
buna de una Cámara de pares.
Seguís un camino de perdición.
¿Qué es lo que ambicionáis?
Olvidando vuestra adolescencia
monárquica, ¿qué queréis? ¿a
dónde os dirigís?

(EL MARQUÉS DE C. DE C.—
Carta a Víctor Hugo, Pa-
rís, 1846.)

I

Recuerdo, marqués, que ibáis a casa
de mi madre, que me hacíais recitar
una vez que otra la gramática, que me
llevabáis siempre bombones exquisitos
y que éramos primos. Eráis entonces
anciano y yo niño; me tomabais en bra-
zos, y entre dos ditirambos que ento-
nabais en loor de Coblenz y de los re-
yes, me referíais algunos cuentos de
lobos, de pueblos castigados, de ogros,

de jacobinos, cuentos que yo tomaba
por historias auténticas y formales, que
me tragaba al mismo tiempo que los
bombones y que devoraba con avidez
cuando yo era niño y realista.

Era yo un niño tranquilo, era la se-
milla de un hombre honrado y lleno de
ilusiones, crédulo, sencillo, franco y
puro, con los ojos fijos en el ideal, bal-
bucía mis primeros versos, a los que
encontrabais, marqués, cierto dejo sal-
vaje, porque las Gracias os habían nu-
trido en su alcoba, pero que, no obstan-
te, os hacían exclamar: — «¡Están
bien! ¡Están bien! ¡Este niño es un
poeta en ciernes!», y mi madre queda-
ba muy satisfecha y muy complacida.

*

**

No he olvidado el acento de la voz
con que mi madre os saludaba cuando
entrabais en casa. Aurora, abril, ale-
gría, ¿dónde están ya vuestras sonri-
sas? ¿Dónde está el sonoro timbre de
aquella voz adorada? ¡Habéis desapa-
recido como las hojas de los árboles,
besos de mi madre! Hoy levanto como
ayer la misma frente sombría y pensa-
tiva, pero surcada de frunces; le falta
el calor de aquellos besos.

*

**

Teníais talento, marqués. Después de
haber sufrido el flujo y el reflujo, la for-
tuna y la mala suerte, os quedasteis con
el alma muy limpia, y ya rico, ya po-
bre, siendo gentilhombre de María An-
tonieta o siendo emigrado, en aquellos
tiempos calamitosos soportasteis el ca-
lor y el frío del destino. Odiabais a
Rousseau, pero no os desagradaba Vol-

taire; Pigault-Lebrun satisfacía vues-
tro gusto, pero Diderot creíais que me-
recía la picota. Aborrecíais a Mad. Du-
barry, pero divinizabais a Gabriela de
Estrée. Como la escritora marquesa de
Seigné no se espantaba, a pesar de
su sexo, de ver balancearse entre los
árboles y al soplo de los vientos a los
aldeanos que ahorcaba el duque de
Chaulnes, no os preocupaban los gana-
panes que la fuerza pública castigaba,
ni los pobres que la justicia llevaba al
suplicio. Antes del año 89 eráis galán
incendiario, que ceñíais espada, y los
polvos de la peluca os blanqueaban los
hombros cubiertos de terciopelo, y ca-
minabais sobre el pueblo con pasos lí-
vidos, pero pesados.

*

**

Aunque los antiguos abusos no os
habían perjudicado, cuando erais joven,
como la nobleza de aquella época, aca-
riciabais la idea de que llegase una re-
volución insignificante, y corríais a su
encuentro en pos de Talleyrand; el
monstruo os pareció al principio bastan-
te agradable, y le tuvisteis en vuestros
brazos en la pila bautismal, acarician-
do alegre al recién nacido: aprobabais
la Liga o la Fronda, el remedio al défi-
cit, el protesto, sin estudiar a fondo lo
que eran estas cosas; pero aplaudíais
cuando Lafayette puso a Leviatán sus
primeras mantillas. Más tarde os lle-
nasteis de espanto al ver a buena luz
la belleza del tigre Mirabeau. Y refe-
ríais, murmurando al calor del fuego
del hogar, que París se arrancaba del
pecho la Bastilla, y que en el arrabal de
San Antonio, harapiento y descalzo, el
populacho salía como un espectro de la
tumba, lleno de indignación por la ig-

nomina que hasta entonces le había agobiado; referíais los acontecimientos del 20 de junio, del 10 de agosto, del 6 de octubre, y recitabais las coplas que Boufflers improvisaba con la sonrisa en los labios cuando aparecían los primeros relámpagos de la revolución.

*

* *

Porque vos erais de los que al principio no comprendieron ni las aspiraciones de Francia, ni la gravedad de la tempestad que en ella comenzaba a rugir; erais de los que hacían mofa de los primeros truenos; de los que la creían un juego sin importancia, una algarada insignificante, y que cuando en el celaje negro empezaba a lanzar relámpagos, cuando, acurrucada a las puertas del insondable misterio, la revolución se erguía formidable, sin ver sus garras feroces ni sus miradas fieras, no pudiendo distinguir bien en las sombras su faz extraña, escéptico y casi burlón, jugueteabais haciendo charadas con la terrible esfinge.

*

* *

Vosotros nos decíais:—«Es deplorable que a los miserables y a los descontentos, que tan rabiosos estaban, no se les hubiera refrenado a tiempo. Quizás una transacción lo hubiera salvado todo. ¿No pudiéramos habernos quedado nosotros con la libertad y el rey con la monarquía? ¡Hubiera sido sublime el pueblo si hubiera podido conservar el trono!» Más tarde os quedasteis tristes y cabizbajos, exclamando:—«Los hombres más sabios no han logrado salvar la antigua monarquía; trono y cor-

te han perecido; los grandes reyes, el París-Babilonia, la Montespán, Marly, la Maintenón y Saint-Cyr!»—Entonces llorabais.—Pero, Dios mío, ¿podían por ventura triunfar los hombres que deseaban perpetuar, combinando veinte regímenes diferentes, las leyes que nos aplastaban, los abusos que nos hacían enrojecer, los vetustos códigos, las antiquísimas costumbres, el derecho divino, y calzar la revolución con la monarquía? Pues la garra del león reventó esa babucha.

II

Después os perdí de vista; cualquier viento que sople dispersa nuestros destinos, nuestros días, nuestra razón y nuestros corazones a los cuatro puntos del horizonte; cada hombre, en medio de las tinieblas, se dirige hacia su luz. La segunda alma se nos ingerta en la primera; es siempre el mismo tallo, pero con otra flor. Yo he conocido los combates, el trabajo y el dolor, los amigos falsos, esos lazos que se convierten en culebras; he sufrido desventuras tras infortunios, he dado a luz obra tras obra, y os había olvidado, marqués, os soy franco. De pronto oigo pasos dentro de mi casa; son los vuestros; oigo una voz, es la vuestra, y esa voz me llama apóstata; ¡a mí, que me he creído apóstol! Sí, sois vos; miedoso hasta el extremo de encolerizaros, sois el antiguo marqués medio hundido por el terror, que está arengando y sacando sólo medio cuerpo por la boca de esa hidra que se lo devora. Conservando siempre nuestras edades un largo intervalo, sigo siendo niño para vos, que erais en aquellos tiempos anciano, y me viéndome más que al través de la nie-

bla, me gritáis encolerizado y con las mejillas rojas por la ira:—«¿Qué es lo que pretende ese bandido?» Y con el dedo temblando me señaláis a vuestros antepasados, y furioso me recordáis a mi madre, prorrumpiendo en estas exclamaciones:—«¡Qué vergüenza! ¡Qué anarquía! ¡Qué infamia! ¡Siglo espantoso, en el que nadie quiere permanecer quieto!» Preguntándome el por qué de mi modo de pensar, removéis todos los cadáveres que yacen en la tumba, me citáis a Lambese, a Marat, a Charete y a Robespierre, y me decís en un tono que no tiene nada de cortés:—¡Perdido liberal! ¡monstruoso jacobino! ¿Por qué miras por encima de las murallas? ¿Adónde vas? ¿De dónde vienes? ¿Qué te hace tan andaz? Desde que no te veo, ¿qué has hecho tú?—Pues bien, os contesto, he cre-

*

* *

Por haber nacido casualmente entre el grupo de hombres que sólo veían infiernos, Gomorras y Sodomias fuera de las antiguas costumbres y de las antiguas leyes; porque mi madre, en otros tiempos, en la Vendée, salvó en un solo día la vida a doce sacerdotes; porque nací en las sombras que envolvían a mis antepasados, y siendo niño aprendí al principio todo lo que ellos tuvieron a bien enseñarme; porque fui un pájaro cogido en el pasado como en un lazo, y antes de poder volar con libertad tuve que dejar algunas plumas en la jaula; porque lloré—y lloro aún—la muerte del niño Luis XVII; porque siendo adolescente me mostraron a través de falso prisma, poco la Francia y demasiado la Vendée; porque elogíé el

heroísmo de los bretones, a Chouán y no a Marceau, Stofflet y no a Dantón; porque los valientes campesinos me ocultaban a los grandes hombres; porque mis primeros vagidos los di aplaudiendo a la monarquía, ¿debo permanecer siempre terco en la imbecilidad?... Debo gritar al siglo: «¡Atrás!» Debo decir a la idea: «¡Retrocede!» Debo decir a la verdad: «¡Vete, desvergonzada!» ¿He de convertir al árbol en hisopo? En el seno del inmenso torbellino de la naturaleza, ¿debo vivir llevando siempre el cabestrillo de la ignorancia y encerrarme en Lorient y amurallarme con La Harpe? ¿Debo existir sin ser y mirar sin ver? ¿Es necesario para mí que cuando aparezca la noche, en vez de estrellarse el cielo se tachone de flores de lis?...

III

Los reyes enmascaran al mismo Dios en su templo, que es el firmamento.

IV

Escuchadme. He vivido bastante y he pensado mucho. Las desgracias de la vida me han corregido dulcemente. Mi niñez cayó en vuestras manos y lo grasteis que mis pensamientos se curtieran con los vuestros; yo fui la rueda y vos erais el eje. La verdad santa, la justicia, Dios y todas las claridades que la razón nos da, me las hicisteis ver de través vos y los que me rodeaban; pero os lo perdono, marqués. Caminaba torcidamente y supe encontrar el camino recto. Pensar es el derecho augusto de la vida. Dios toma al hombre cuando es niño por la mano y le invita,

a la escuela que en los campos y en los bosques tiene abierta, para que acudan a ella a un mismo tiempo todos los seres. Acudí y pensé cerca de las olas, sobre el césped, junto a los árboles, y las primeras cóleras de mis odas imberbes nacieron de ellas mismas al marchar cayendo detrás de mí. La naturaleza fué desde entonces mi alegría y mi espanto. Al mismo tiempo que falseabais mi lira, marqués, me escapaba de vuestro lado para ir a estudiar y entender el jeroglífico enorme del universo. Desde niño acudía a hojear las páginas abiertas de los campos, esforzándome por deletrear esa Biblia en la que se encuentra lo delicioso y lo terrible; libro que está escrito en el firmamento, en las olas, en los caminos, con flores, con vientos y con estrellas, y que en su mano encierra toda la creación; maravilloso poema, en el que el rayo acentúa la noche y en el que el Océano subraya el infinito. En los campos, a la sombra de seculares encinas, era yo más fuerte, más tierno y más libre. Me ponía en equilibrio con el mundo; procuraba saber, tembloroso y deslumbrado, si contesta no la sombra al astro que dice sí; procuraba apoderarme del sentido de las frases sombrías que escribían a mi vista las formas y los números, y viendo en toda la naturaleza sublimidad, vida, amor y libertad, comprendí este texto: «Dios»; su contrasentido: «La realeza.»

*
* *

La naturaleza es un drama con sus personajes; vivía yo en ella, y oía, como testimonio de lo que estoy diciendo, a las aves, a las azucenas, al agua mur-

muradora y a la noche que aparecía. Después me dediqué a deletrear al hombre, que es otro alfabeto.

* *

Se me aparecía el mal poderoso, alegre y triunfante; yo únicamente tenía sed de ser justo; como se detiene en el camino a un fugitivo, juez indignado, me apoderé del corazón humano y le pregunté:—«¿Por qué rebosan en ti la hiel, la envidia y el odio?» Y vacié los bolsillos de la vida: sólo encontré dentro de ellos dolores, miseria y tedio. Vi que el lobo, al comerse el cordero, decía: «Me molestaba.» Vi que la verdad cojeaba, que el error tenía una altura de cien codos y que lapidaban a todas las ideas nuevas. Vi que reinaban las tinieblas de la ignorancia, que cargaba de cadenas a Cristo, a Sócrates, a Juan Huss y a Cristóbal Colón. Vi que eran desventurados los apóstoles y los tribunos. Tuvieron mucho cuidado en disfrazarme la historia, pero yo la busqué y di con ella; comparé entonces el alba con la noche, el Noventa y Tres con la San Bartolomé; porque ese Noventa y Tres que os hace temblar de indignación, que debió venir, pero que ya no volverá, es la claridad de la sangre que se confunde con la aurora. Las revoluciones que surgen, para vengarlo todo, causan un bien eterno y un daño insignificante. Las revoluciones no son más que la fórmula del horror acumulado durante veinte reinados. Cuando el sufrimiento se extiende por todas partes, cuando los que rigen a los pueblos caen durante mucho tiempo sobre los oprimidos vasallos volver el Bajo imperio y la Edad Media, formidable engr-

ñaje del Medievo con el Norte; cuando la historia se reduce a un montón de seres ejecutados, a Creccys y a Rosbachs, que sirven de pasto a los cuervos; cuando el pie de los malvados aplasta las cabezas de los pobres que mueren en la indigencia; cuando se ve en los des extremos de la horrible Babilonia a Luis XI con Tristán y a Luis XV con Lebel; cuando el harén es príncipe y el patíbulo ministro; cuando la sangre de Jesucristo cae en vano gota a gota durante ocho siglos; cuando la ignorancia pretende cegar el porvenir; cuando el hombre ve que es impotente contra el destino y ve desvanecerse sus esperanzas; cuando se consume a la vez el suplicio de todos; cuando por todas partes reina la guerra y el odio, entonces llega un día en que bruscamente las reclamaciones de los miserables, bajo la forma del gigante fantasma del dolor, salen de los abismos; se oye un grito horroroso en las alturas; los mundos sociales chocan sus ecuadores; todo el espantoso presidio de los parias se revoluciona, y en su desencadenamiento se oyen chasquear los látigos, ruido de cadenas y de espadas; alaridos, sollozos y todo el estruendo siniestro del pasado. Dios dice entonces al pueblo: «¡Levántate!», y vibrando el toque de rebato, sacuden sus cuerdas fúnebres la iglesia y sus campanarios, el Louvre y sus campanas, y Lutero derriba al Papa y Mirabeau al rey. Y todo está acabado. De esta manera se hundén los mundos antiguos.

v

Los reyes son los que abren los abismos, pero la mano que sembró se niega a recoger la cosecha; el hierro dice que

se subleva la sangre ardiente. Esto es lo que me enseñó la historia. Es muy cruel, ciertamente, pero debo confesáros que la razón mató en mí el realismo y me convirtió en jacobino. ¡Qué le hemos de hacer! El reverso del Luis cuyo semblante adoráis me da miedo. Pensando como pienso ahora, sé que ofendo a vuestra antigua fe, a vuestra causa eterna, a vuestros dogmas, a vuestros antepasados y a vuestros dioses, y que excito en vuestra anciana inmovilidad el antiguo reumatismo que se llama monarquía. Pero no puedo pensar de diferente modo. A pesar de los meninos y mayordomos, yo no puedo creer ya que los reyes sean propietarios de los demás hombres, y no creyéndolo, cumplo mi deber no ocultándolo. Marco Aurelio había escrito:—«Ayer vivía equivocado; pero hoy, que he comprendido lo que es justo, he abjurado mis antiguos errores.» Aunque sólo soy un átomo, obro como Marco Aurelio. Marqués, desde hace veinte años sólo un pensamiento ocupa mi espíritu: servir la causa de la humanidad. La vida es un tribunal, en el que se condena a la barra a los débiles emparejados con los perversos. He defendido desde entonces a los débiles y a los miserables, en el libro, en el drama, en prosa y en verso, suplicando a los afortunados y a los inexorables; he rehabilitado al bufón y a los histriones, a los que sirven de escarnio a la humanidad, a Triboulet, a Marión, al lacayo, al forzado y a la prostituta; he puesto mis labios en los corazones heridos de muerte, como hacen los niños, ángeles de cabellos de oro, con las moscas que se están muriendo para que vuelvan a volar. He tratado de sostener todo lo que se caía; he tratado de conseguir el perdón universal, y como obrando así irritaba a

muchos, mientras los desdichados me daban las gracias, he recogido muchas veces, al volar por las alturas, aplausos salvajes y rencorosos silbidos; reclamé los derechos de la mujer y del niño, abogué por la ilustración del hombre, procurando que las escuelas reabsorbieran los presidios. Deseando toda clase de progresos, veía brillar menos que la frente de París la tiara de Roma. Vi que el espíritu humano era libre y el corazón del hombre esclavo, y laboré por su emancipación: quise poner en libertad al amor. Combatí la horca homicida, combatí la pena de muerte como el antiguo Alcides; he luchado y sufrido, finalmente, voy a deciros una palabra más, marqués, ya que la ocasión se me presenta. El hombre puede renegar de dos maneras: o haciéndose pagano, o haciéndose cristiano. El error es una amable y galante entretenida, que cuando se le abandona se enfurece y pone los brazos en jarras; la verdad, que tan grata es para los buenos, es ruda y franca, y cuando se le hace traición por el dinero o por el poder, se convierte en un fantasma que se nos aparece por las noches en sueños; el error es una mujer descarada y la verdad es una suménide. Y aquí hago punto. ¡Buenos días, Epiménides!

*
* *

El pasado se resiste a desaparecer; vuelve continuamente sobre sus pasos, lucha, se encoleriza, quiere agarrarlo todo con las uñas, hincha sus antiguas olas, hace rugir sus antiguas tempestades, vomita su ignorancia, grita: ¡abajo! ¡muerte!, llora, truena, relampaguea, aulla y muerde, pero el porvenir;

sonriendo, le dice: — «¡Pasa, buen hombre!»

*
* *

El inmenso apóstata del Ayer, marqués, se llama Mañana; llega mayo y desaparece el invierno: ¿qué es una mariposa? el renegado del gusano. Falstaff se decide a hacer la vida del hombre honrado; pues es el apóstata de las orgías: mis pies, estos renegados, se desprenden de las botas viejas, y el delicioso apóstata del odio es el amor. A la hora presente, desbordante de fuego y de luz, se eleva de sus lúgubres calabozos; el sol, estremecido, reniega de las tinieblas.

*
* *

Marqués, no os parecéis nada a los rudos y antiguos barones; sois un francés que habéis renegado de los celtas; abracémonos, pues, y confesad que estáis demasiado enojado conmigo.

VI

Nada en el fondo de mi corazón ha variado; sigo siendo siempre el mismo que va derechamente hacia el deber desde que tuve uso de razón; que sólo ansiaba el bien, lo verdadero, lo bello, lo grande y lo justo; el hombre sigue siendo lo que era el niño; pero llegó un día en que mi espíritu pudo volar y conoció el inmenso espacio que podía recorrer, y entonces cambió de horizonte, pero no de alma; no cambió nada dentro de mí, pero cambió todo lo que me rodea-

ba. Se me apareció la historia, y entendí la ley de las generaciones buscando a Dios, siguiendo al Arca y ascendiendo por la escala inmensa, tramo a tramo. Permanezco teniendo la misma vista, pero mirando otro cielo; ¿es culpa mía que el azur eterno sea más azul y más grandioso que un techo de Versalles? ¿Es culpa mía, ¡oh, Dios! si te estremeces en mi corazón al oír el grito de libertad? Si las miradas de algún hombre ven más aurora y más resplandor, culpado de ello al alba solemne; tiene la culpa el sol, pero no los ojos. Me preguntáis: — «¿Dónde vas?» No lo sé; pero voy. El camino recto nunca puede extraviar; veo el día ante mí y a mis espaldas la noche; esto me basta para proseguir mi camino. Mi porvenir personal no me inquieta; me asaltan los hombres del pasado, los que combaten en las sombras, y yo lucho con ellos sin contar su número. La desgracia es la obscuridad de la noche, y en el recinto de la tierra los hombres y los cielos debían aparecer estrellados. Los últimos reyes comprendieron esta verdad cuando les fueron arrebatados los tronos. Nunca rehusé mis lágrimas al destierro, ni dejé de arrodillarme ante la tumba; consolé siempre a las grandezas desvanecidas; los muertos en sus ataúdes me lo habrán agradecido. Mi madre lo sabe todo; es más, se regocija sabiendo que cumpliré los nuevos deberes que Dios me encarga, porque desde su mortuorio lecho verá resplandecer la verdad. El hombre es en la tierra un ángel puesto a prueba. Mi madre sabe que hoy no vivo de quimeras, que mis ojos se han abierto al progreso, que me están reservados peligros, reveses y sacrificios, y que estoy dispuesto a apresurar que llegue la gran hora del mejoramiento de la humanidad; mi ma-

dre sabe que, ya sea feliz o desgraciado, aplaudido o proscrito, vencido o vencedor, nada distraerá mi corazón de su único objeto, ni mi voluntad, ni mis deseos, ni mis afanes. ¡Tumba santa de mi madre, tú lees en el fondo de mi alma!

Cualquiera que sea la suerte que me esté reservada, en mí nunca la conciencia abatirá la frente; mi conciencia marcha serena, digna e indestructible, porque advierto, como consejo dado de lejos en la noche oscura a través de los vientos tempestuosos que me arrastran, la luz que vierten sobre mí los ojos de mi madre muerta.

París, junio de 1846.

POST-SCRIPTUM EN 1855

Añado este post-scriptum después de nueve años. Marqués, ¿vivís? Sin duda habréis muerto. Pero desde donde yo estoy se puede hablar a los muertos... ¡Ah! Veo que se abre vuestro féretro y que sale de él una voz que me pregunta: — «¿Dónde estás?» — «Fuera, como vos.» — ¿Has muerto también?» — «Casi, casi; vivo en el destierro; habito en una roca que roea el mar, en un escollo que bañan las olas, bajo tenebroso horizonte, en el que recogen a los naufragos.» — «Pues bien; ¿qué me dices ahora?» — «La soledad presenta siempre a mi alrededor la misma actitud; únicamente veo el abismo, el mar, el cielo que cubren negras nubes que caminan silenciosas, el techo de mi casa trepida durante la noche y le azotan el huracán y el granizo; pa-

rece que hayan clavado un crespón en el horizonte; los insultos baten en la puerta de mi casa; las peñas se derrumban en cuanto poso los pies en ellas; el viento parece que tenga miedo de acercármese, y sólo se atreve a decirme, en voz baja, el adiós misterioso del amigo; el rumor de los vivos apenas llega hasta mí; ha desaparecido todo lo que yo deseaba ver realizado, y sobre los días de mi juventud, trocados en fantasmas, he visto caer el pálido sudario del infinito.»—«¿Y qué más?»—«En un montículo, inmediato a las olas, he señalado un sitio para que me entierren; aquí únicamente llega el murmullo del mar.»—«¿Y qué más?»—«Lo demás que debo decir es que estoy contento.»

Jersey, enero de 1855.

IV

Desde lo alto de una roca caía gota a gota en el mar proceloso el manantial de una fuente, y el Océano preguntó al fatal piloto:—«Llorona, ¿a qué vienes aquí? Yo soy la tempestad y el horror, y yo termino donde el cielo empieza; ¿qué necesidad tengo de ti, que eres tan pequeña, siendo tan inmenso?» La fuente contestó al mar:—«Te doy sin ruido ni gloria lo que te falta, inmenso mar; una gota de agua que se puede beber.»

Abril de 1854.

V

A LA SEÑORITA LUISA B.

Alma sublime, lira santa, ¿os acordáis de los tiempos de éxtasis y de delirio, de los inocentes juegos y de la no-

che que descendía sobre las colinas in-
mediatas? ¿Os acordáis de los hermo-
sos días del pasado? ¿Os acordáis de las
encinas y de los niños?

¿Os acordáis de los amigos, de la bu-
lliciosa mesa, de la sincera risa de vues-
tro respetable padre, de nuestras renci-
llas, hijas del cariño; del prado, del es-
tanque, de la lancha, de la luna, de la
brisa y del canto alegre que brotaba de
vuestro corazón, que hoy anegan las
lágrimas?

El parque estaba cuajado de flores,
aunque no ostentaba mármoles. ¡Qué
bello estaba el anciano, que se destaca-
ba entre los árboles! Yo le veía algunas
veces, sentado en un banco desde el
amanecer, absorto en la lectura de al-
gún libro, a cuyo alrededor parecía vi-
vir la sombra y cantar el bosque.

Después se dormía en aquella dulce
calma, y le veía dormir en aquel agra-
dable sitio, tranquilo y sereno, con el
libro abierto al sol y con el alma abier-
ta a Dios.

En el fondo de sus nidos, en las ra-
mas de los olmos o de los tejos, los pá-
jaros admiraban su cabeza venerable,
y alguno que se aproximaba, más

vido que los otros, se acercaba saltando
hasta él, como si quisiera robarle un ca-
bello blanco para llevárselo al nido.

Después, despertándose el anciano,
se iba hacia la verja a buscar a mi niña
y a jugar con ella, y pasaban el
tiempo los dos charlando de muchas
cosas: ¡aquellos tiempos desaparecie-
ron, y las rosas, que ya no ven aquellos
dos seres, florecen allí todavía.

¿Y aún tenéis corazón para renacer,
¡oh, rosas! en los mismos rosales y ba-
jo la misma ventana? ¿Dónde están
ya aquellos dos seres puros? ¿No eran
hermanas vuestras aquellas dos almas
desaparecidas, que vivían entonces y
que se perdieron luego en el éter azul?

Sus sonrisas candidas y sus palabras
tiernas acariciaban, ¡oh, rosas! vues-
tras corolas en el aire silencioso, y se
confundían con vuestros castos goces,
y se convertían en perfumes en vues-
tros cálices y en rayos de luz en vues-
tro cielo.

Corrían a la ventura por los prados
matizados de flores, se llamaban unos a
otros gritando, en sus juegos se mez-
claban las mujeres, y tú te reías, Ar-
mando.

bre débil, un rosal que llora; pero no
querría nunca conseguir una alegría
constituída por tanto olvido.

¿Qué fueron todas nuestras ilusio-
nes? ¿Qué se hizo el entusiasmo de mi
pecho, y el hogar venturoso, ¡oh, Lui-
sa! y la doncella, y el anciano feliz, y
los deseos de felicidad que yo sentía ha-
cia vuestro padre y vos hacia mi hija?

¿Qué se hicieron los amigos de aque-
llos queridos tiempos? Los que murie-
ron y los que no han caído aún en ese
océano sin límites, los desvanecidos,
que otra existencia reclama, y los que
moran aún en el mundo, viven todavía
en mi alma, lo mismo que los muertos...

Algunas veces veía en lo alto de la
colina jugar a mis cuatro niños y oía
sus alegres cantos, y conmovido con-
templaba esas auroras de mí mismo,
que aparecían a lo lejos sobre la verdu-
ra de los valles y de los campos.